

# EL SEXO DE LOS ÁNGELES

---

ALFREDO FIERRO  
*Catedrático de Psicología,  
Universidad de Málaga*

¡El sexo de los ángeles! Es el ejemplo tópico de cuestión escolástica irrelevante. Aquí, propuesto y acatado como título, adquiere tintes de ironía al dar a entender, por el contrario, que se trata de un tema en absoluto irrelevante: que envuelve una realidad dramática, aludida en pirueta de ironía quizá para evitar hundirse en ella y para salir mejor a flote. Tal realidad ha sido ~~y~~ en buena parte continúa **siendo**— la de una sorda represión de la sexualidad en los jóvenes y adultos con retraso mental. El drama es que por debajo de metáforas como la de los ángeles se enmascaran exclusiones que se les ha hecho padecer.

## 1. METÁFORAS Y TÓPICOS

Los ángeles constituyen imagen de lo sagrado, pero también metáfora disimuladora de **tabúes** y exclusiones. Al atribuir a niños o adolescentes la calidad angélica se les supone carentes no ya **sólo**

de competencia o capacidad sexual, sino también de cualquier aptitud. Es una forma sutil —o no tan sutil, pues resulta descarada— de marginación. Más frecuente que el atributo angélico, sin embargo, ha sido el de la perenne infancia. «Los niños que siempre serán niños» ha llegado a decirse y hasta a escribirse en un libro, por lo demás, cálido y simpático. Pero con el tópico de su imperecedera infancia se les rehúsa el acceso a una vida adulta y también a una vida sexual. Se comprende, por lo demás, el atractivo del tópico y las consecuencias que se derivan de él. El niño con retraso es mejor aceptado en la sociedad que el adulto con retraso: plantea menos demandas, genera menos problemas, es más fácil de manejar.

El deseo, no infrecuente en padres y profesionales, cuando no voluntad por mantener en la infancia al adolescente con retraso, no le pasa inadvertido a éste, que lo percibe muy bien y se sentirá tentado, en consecuencia, a conservar rasgos infantiles. El adolescente a quien se dirige el mensaje de «mejor seguir siendo niño» queda aprisionado en un dilema: o manifiesta su sexualidad con peligro de ser rechazado; o la inhibe para ganar así la aceptación de quienes le rodean. Dada la extrema dependencia de estas personas respecto a los demás y su limitada capacidad para afrontar problemas, resulta altamente probable que opte por la aceptación social con renuncia al sexo. Es probable que el joven así tratado opte por colocarse las angelicales alas que todos le atribuyen y ocultar sus atributos sexuales humanos. Una observación superficial podría entonces señalar su desinterés por lo sexual, ignorando con eso el proceso profundo que le ha llevado a tal desinterés sólo aparente. Sin embargo, a poco que se rastree por debajo de esa superficie aseada, se encontrará allí un joven tan interesado en el sexo como cualquier otro.

Otras veces, y en el opuesto extremo, no ha sido —o no fue tan sólo— el sexo de los ángeles o de los niños, sexo inocente y sin peligros. De manera alternativa o complementaria se les ha atribuido un sexo no humano. A propósito de los afectados por déficits más graves ha solido hablarse despreocupada e irresponsablemente de «vida vegetativa»: como si fueran plantas, vegetales, que sin duda

es preciso cuidar, atender y mantener en buenas condiciones para que crezcan, pero plantados ahí donde están, sin movimiento, sin iniciativa propia. Ahora bien, la cuestión del sexo de los vegetales es casi tan escolástica como la del de los ángeles.

O bien, y esto ya en la más perversa analogía, se les ha atribuido una sexualidad afín a la de los animales: un sexo no animado por la inteligencia, ni tampoco por el genuino amor. Se ha desarrollado y difundido el tópico de su agresividad, de su presunta incapacidad para controlar los impulsos sexuales.

Han sido imágenes todas ellas al servicio de prejuicios, el mecanismo defensivo frente a miedos todavía hoy acechantes. El patrón de actitudes que durante mucho tiempo ha dominado, y que aún hoy sigue poblando y turbando las conciencias de muchas personas por lo demás de buena voluntad, puede describirse de manera esquemática como un pensamiento obsesivamente centrado en los «problemas» (masturbación, homosexualidad, exhibicionismo y *voyeurismo*, embarazo no deseado, etc.), movilizado por resortes alarmistas y escasamente ilustrados, y que busca desesperadamente mecanismos compensatorios y sublimadores, tales como el frecuente discurso que prefiere hablar de afectividad mejor que de sexualidad. Son actitudes exclusivamente moralistas en la peyorativa acepción del término: con moralina más que con verdadera moral. Con ellas se corresponde una cierta obsesión y manía pedagógica, harto frecuente en el trato y atención de sujetos con retraso. Parece como si en éstos el único abordaje posible de la sexualidad consistiera en orientarla y educarla.

En materia de sexo el moralismo suele nacer como una reacción frente a la angustia que aquél suscita. Seguramente es la angustia de los adultos, de padres y educadores, ante su propia sexualidad la que se despierta de manera alarmista ante la vida sexual de las personas con retraso. La represión que la sociedad ha ejercido en el pasado sobre el sexo, y que hoy ha debido ceder mucho y relajarse, puede ejercerse todavía con intensidad sobre esas personas, sin dejarles apenas posibilidad de escapatoria, puesto que están bajo mayor control y bajo más intensa dependencia de educadores y pa-

dres. Existe incluso el peligro de que una moral abandonada ya en la práctica por la mayoría de la sociedad se continúe aplicando a los jóvenes con retraso, con la paradoja, encima, de reclamar de ellos una condiciones de madurez en la realización del sexo, que muchos de los individuos reputados normales, ellos mismos, están muy lejos de cumplir.

Frente al puritanismo, frente a la reducción moralizante y pedagógica, se da asimismo la actitud extrema opuesta. Desde la perplejidad sobre lo bueno y lo malo, o lo mejor y lo peor, y en medio del generalizado desconcierto sobre los valores por promover en los más jóvenes, se hace dejación de la responsabilidad educativa, se cierran los ojos y se practica una estrategia de vista gorda ante los comportamientos sexuales. Este vaivén hacia la completa ausencia de criterios no es para alegrarse. Es verdad que no son muchos los criterios o principios sólidos en orden a guiar una correcta educación en este asunto. Pero hay al menos dos principios **que** importa enunciar de entrada. El primero dice que en esta materia, como en otras, no debe hacerse caso aparte con el retraso mental: es preciso «normalizar» y no «excepcionalizar» o exceptuar. El segundo es que ha de reputarse normal y deseable una práctica educativa de cultivo, de fomento de la sexualidad, y no, en absoluto, una pedagogía de represión. Fomentar la sexualidad de las personas con retraso trae sin duda problemas. Pero no menos los acarrea, y más graves e insolubles, reprimirla: trae o puede traer trastornos suplementarios —de conducta, de comunicación, de afectos— que se añadan a los déficits de inteligencia.

## **2. EL UNIVERSO DE LO SEXUAL**

La sexualidad humana, y no ya la de los ángeles o la de los vegetales, abarca todo un mundo. No consiste tan sólo en la genitalidad, en unas funciones de reproducción. Pese a discursos morales que subordinan del todo la sexualidad a la reproducción, esta su-

peditación y confusión no es hoy posible ya. La sexualidad humana no se reduce tampoco al orgasmo o al placer genital. Todo el ámbito del erotismo, que a la postre es el de la relación humana, el del cuerpo y el contacto corporal, está dentro de la sexualidad. Lo está igualmente la referencia placentera al propio cuerpo y también la presentación del mismo ante los demás. Con la sexualidad tienen que ver realidades tan hondamente humanas como el deseo y la felicidad. Sexual es el hecho de ser mujer o varón; y con la sexualidad tiene que ver el rol social derivado de ese hecho, el género, el tipo de relaciones de convivencia que se siguen de ello. Todo o casi todo es sexualidad en la vida humana. Todo o casi todo está impregnado o tocado por ella: tanto lo está que quizá el equivalente mejor o más afín de «sexualidad» sea sencillamente «vida». La sexualidad no es, desde luego, un asunto secundario o marginal en la vida y en la educación de las personas; es un eje vertebrador de la existencia y ha de serlo también de la educación.

El sexo es lazo de trabazón y compenetración entre elementos en apariencia distantes del vivir y del hacer: entre la actividad genital y las relaciones de convivencia civilizada, entre las funciones de reproducción y el cuidado por el bienestar del propio cuerpo, por su buena forma física, su apariencia, su atractiva presentación ante los demás. Es justo ahí donde se hace patente que en la vida de todo hombre y mujer —con o sin retraso— la sexualidad no es dissociable de actividades, funciones y relaciones que la constituyen como persona humana. Represión y cultivo de la sexualidad significan, por tanto, respectivamente, represión y cultivo del desarrollo corporal, pero asimismo —y puesto que no se trata de ángeles— bloqueo o logro de una maduración como persona, anulación o instauración suya como sujeto de deseo y de felicidad. También por eso las actitudes ante el sexo de las personas con retraso, el modo en que su sexualidad es educada, cultivada, fomentada, o por el contrario castrada, controlada y tutelada, constituye la piedra de toque del modo general en que esas personas son educadas, cultivadas, estimuladas, o más bien reprimidas, controladas y manteni-

das en perpetua minoría de edad, en supuestamente angélico estado de inmarchitable infancia.

### 3. LO REAL Y LO POSIBLE

Las reflexiones siguientes precisamente se centran en torno a la persona, al sujeto con retraso en cuanto sujeto y en una perspectiva de desarrollo personal. Son reflexiones de explícito aire antropológico —alguien podría glosar: humanista— con deliberados tintes éticos y pedagógicos. Giran en torno a lo posible y no sólo a lo real: a cómo puede llegar a ser —es deseable que' sea— y no simplemente a cómo es la sexualidad de las personas con retraso. En ese enfoque apenas tiene valor —o lo tiene sólo anecdótico— averiguar los comportamientos sexuales más frecuentes en estas personas: saber si se masturban, o no, y desde qué edad; o si se dan muchas relaciones homosexuales en instituciones de tal o cual naturaleza; si captan bien, y desde qué nivel de capacidad intelectual, el nexo entre la actividad genital y la posible prole. Todo ello depende en grado extremo de condiciones de vida y educación; y puede llegar a suceder de otra manera bajo otras circunstancias.

Un enfoque atento a las posibilidades, y no sólo a las realidades, se corresponde con una determinada noción de ciencia, una idea de conocimiento que se aparta mucho del chato positivismo dominante, que hoy se hace pasar por la única ciencia digna de tal nombre. En contra del culto positivista a los puros datos, contra la primacía de los desnudos hechos —que por otra parte no pueden ser ignorados—, es preciso abogar por una ciencia que, lejos de contentarse con describir lo que hay, lo que sucede y es, escruta asimismo lo que puede llegar a haber, a ser y suceder, es más, lo que es deseable que suceda y las condiciones de posibilidad de que suceda: una ciencia empírica, sí, mas no unidimensional. Es preciso interesarse por lo contrafáctico, pero viable, futurible, por las posibilidades. En el caso del sexo no ya de los ángeles, sino de los hom-

bres y mujeres con retraso mental, eso significa interesarse por su capacidad de experiencia y de actividad sexual, y proponer investigarla de manera empírica. El sello antropológico y ético en esa propuesta reside en la conjetura de que muchas capacidades de esas personas se hallan aún por descubrir y, en consecuencia, también por educar. Es conjetura, por otro lado, que no tiene por qué ser demostrada por parte de quien la emite. La carga de la prueba corresponde aquí a quien presuma su menor capacidad.

La deficiencia mental no trae forzosamente consigo algún género de deficiencia sexual. Inteligencia y sexualidad no van correlacionadas. La sexualidad de la persona con retraso no es muy diferente de la común entre las mujeres y los hombres. Seguramente una grave limitación intelectual, sobre todo en la medida en que afecte y dañe las posibilidades de comunicación con los demás, afectará asimismo a los modos de actividad sexual. Pero a semejanza de los demás humanos también el individuo con retraso está interesado en el sexo, aunque expuesto asimismo, y en mayor grado, a encontrarse con grandes dificultades para satisfacer ese interés. Es probable que el moralismo de padres y educadores llegue a culpabilizarle, a hacerle ver su conducta como inaceptable y punible. La contradicción entonces surgida entre sus deseos e interés y las barreras sociales con que tropieza le resultará muy difícil de manejar. Puesto que además el adolescente, e incluso el adulto con retraso, se halla bajo escrutinio y vigilancia de otros adultos con intensidad inusual, puesto que a menudo carece de intimidad, de espacio y vida privada, sustraída a las miradas de otros, corre riesgo de escapar hacia formas singulares, todavía más reprobadas, de conducta sexual. A menudo esas singularidades sexuales son interpretadas como síntoma de su deficiencia. En realidad, sin embargo, no derivan de ésta, sino del conjunto de circunstancias sociales, de prohibiciones y prescripciones en que se ha visto atrapado. En particular, las conductas con frecuencia observadas en instituciones segregadas, sean o no de internado, pueden catalogarse como típicas no tanto del retraso, cuanto de la colocación en condiciones artificiales de vida y convivencia.

#### 4. RETRASO MENTAL Y PERSONALIDAD

Durante mucho tiempo el énfasis en el análisis de la deficiencia mental ha recaído en una noción de inteligencia en cuanto capacidad de manejo de símbolos abstractos y de solución de problemas. Hoy, en cambio, se atiende más a la competencia social, a destrezas, habilidades y, en su raíz, aptitudes relacionadas con la conducta adaptativa; y, aunque sin duda guardan una estrecha asociación, no es seguro que exista correlación perfecta entre esas aptitudes y aquella inteligencia.

Junto con ello, en la noción de retraso mental se ha producido recientemente otro desplazamiento quizá todavía más significativo y prometedor. La capacidad o conjunto de capacidades **adaptativas** a las que debe aplicarse el constructo de inteligencia — cuya limitación constituye la deficiencia mental — es sensible a medidas educativas, es susceptible de cambio mediante instrucción y aprendizaje. No se es inteligente o deficiente como naturaleza inalterable; no se es de nacimiento y para siempre. Se **deviene** más o menos capaz y no en general, sino en tales o tales aptitudes. En el ámbito de la sexualidad, como en otros ámbitos, el potencial adaptativo de las personas con retraso guarda seguramente relación con esa capacidad general a que se alude bajo la denominación de «inteligencia»; pero no se identifica con ella, no varía en conexión mecánica con alguna cifra o índice suyo, por ejemplo, con el cociente intelectual. No tanto la edad mental o el nivel de inteligencia, cuanto la madurez personal y el desarrollo de la «personalidad» están en la base de las posibilidades en el ámbito de la sexualidad.

Pero ¿hay algo así como un perfil de personalidad en los sujetos con retraso? Si por esquemática generalización puede perfilarse una fisonomía supuestamente presente en todos ellos. En ese presunto perfil común cabe señalar algunos rasgos que seguramente llegan a ser los más determinantes en el desarrollo de su sexualidad:

1. El retraso mental comporta **déficits** adaptativos. La persona con retraso experimenta mayor dificultad para adaptarse a si-



tuaciones nuevas y para afrontar la adversidad, los problemas de la vida o sencillamente la complejidad en el entorno. Experimenta también, pues, inseguridad, una inseguridad que trata de mantener a raya con la rutina y con una acusada rigidez comportamental. Por eso mismo, le cuesta trabajo tanto iniciar relaciones afectivas y sexuales nuevas, cuanto abandonar las que haya llegado a establecer.

2. Suelen desarrollarse esas relaciones en talante de una intensa dependencia afectiva, que es la heredera o, quizá mejor, la forma duradera del vínculo infantil de apego. Este vínculo, que se establece en la primera infancia con la madre y con otras figuras protectoras, posee elevado valor de supervivencia para el niño y desempeña una importante función en su desarrollo. Incluso el amor adulto por lo general contiene todavía elementos de apego, que se manifiestan en la dependencia mutua o unilateral dentro de la pareja. Las personas con retraso muestran apego en variadas formas que tienden a ser más inmaduras de lo que correspondería a su edad biológica. Su comportamiento sexual y afectivo, por tanto, puede contener un componente de apego y dependencia más elevado que el de otros jóvenes y adultos.
3. El déficit cognitivo hace difícil manejar correctamente la relación entre medios y fines, es decir, entre conductas operantes o instrumentales, mediante las cuales se logran los refuerzos, y conductas consumatorias, que son reforzantes y satisfactorias por si mismas. Ahora bien, el ejercicio de la sexualidad abarca unas y otras conductas. En su actividad sexual la persona con retraso puede tener dificultad en captar y manejar bien las oportunas mediaciones para llegar a la meta apetecida: para saber apañárselas en el difícil juego de la relación entre el acto consumario del coito u obtención del placer sexual y los correspondientes comportamientos instrumentales de cortejo, de establecimiento de una amistad o relación erótica. En general, las personas con retraso, a semejanza de los niños, encuentran dificultad en aplazar el

refuerzo. Esa dificultad puede resultar en una conducta impaciente e impulsiva, apenas regulada por la racionalidad instrumental donde se articulan los medios o mediaciones y los fines o metas.

4. El déficit mental lo es también de autorregulación, de capacidad de decisión. La deficiencia funcional, adaptativa, se traslada a disfunciones y bloqueos en el proceso mismo de tomar decisiones y, mucho más, de organizar esas decisiones en un verdadero plan de acción. En la medida en que unas relaciones sexuales de cierta estabilidad requieren no ya sólo un propósito de acción, de tal o cual acción concreta, sino un verdadero proyecto de vida, es probable que la persona con retraso se entregue a una actividad sexual apenas deliberada y a plazo inmediato, sin involucrarse en una relación duradera, que sea susceptible, a su vez, de insertarse en tal proyecto.
5. No ya sólo el limitado grado de autorregulación, sino también la ausencia de experiencias de éxito, de logro, contribuye a que estas personas funcionen con atribuciones y expectativas de «lugar de control» externo. Tanto en su forma de atribuir acontecimientos a causas, cuanto en sus creencias y expectativas, tienden a juzgar que lo que les sucede no está apenas en sus manos, se halla del todo fuera de su control, depende del destino o bien de otras personas. Se sigue de ahí un comportamiento predominantemente heterodirigido, regulado de hecho sólo desde el exterior.

En esas condiciones es fácil imaginar el perfil más probable de conducta sexual y sexualidad en los jóvenes y adultos con retraso mental: predomina una actividad alrededor de la inmediatez consumatoria, con frecuentes estereotipias, muy dependiente de otras personas, escasamente autorregulada. Se preguntará entonces desde el purismo ético y pedagógico: ¿vale la pena fomentar una actividad de ese género, de tales características? La pregunta adquiere distinto color según el prisma con el que se mire. Desde un enfoque moralizador toma el siguiente cariz: ¿es ético favorecer o simple-

mente permitir unas formas de sexualidad que serían reprobadas en otros jóvenes o adultos? Desde un punto de vista educativo la cuestión será esta otra: una actividad así ¿contribuye a la madurez y desarrollo personal de los sujetos con retraso?

## **5. ÉTICA Y PEDAGOGÍA DE LA SEXUALIDAD**

La pedagogía es una prolongación de la moral por otros medios. Es posible, por eso, responder conjuntamente a la cuestión moral y a la educativa. Es posible responder precisamente en clave de desarrollo personal y no de juicios valorativos universales; será bueno y deseable, será ético y merecedor de impulso educativo aquello que contribuya a una vida humana más completa. Así, pues, en clave de desarrollo no es igual en un sujeto con retraso ligero que en otro con deficiencia profunda, ni lo mismo en un adolescente con grandes dificultades de comunicación verbal y gestual que en otro que se comunica bien. Por otro lado, en dicha clave no está justificado aguardar a que un joven con retraso alcance un buen nivel de relación social para que llegue a establecer sus relaciones sexuales. Sería equivocada semejante demora porque justamente las relaciones sexuales pueden contribuir a propiciar relaciones sociales de otro orden, en otros terrenos.

<sup>4</sup> En clave de desarrollo personal no hay comportamientos elogiables e reprobables en sí mismos, por sí mismos, fuera de contexto. No se da lo bueno y lo malo en términos absolutos, sino lo relativamente mejor o preferible —a la vez que posible y cuando es realísticamente posible— frente a alternativas no tan merecedoras de ser alentadas. Las proposiciones y propuestas que se hacen a continuación proceden desde una ética, una pedagogía y, más radicalmente, una antropología de lo mejor y preferible, una antropología que en las personas con limitada capacidad, como en las demás, considera a la sexualidad como dimensión esencial de la vida humana.

En las personas con retraso, al igual que en otras, ha de reputarse preferible tener experiencia y desarrollar actividad sexual que estar ayuno de ella. Es mejor que tal experiencia y actividad se produzca en comunicación con otras personas que no en solitario y por consiguiente sin relación interpersonal. Es preferible que esta relación sea amorosa e incluya un denso componente afectivo, a que no lo incluya. Y lo es, además, que no sea efímera o precaria, que llegue a ser estable y de ese modo confiera una seguridad básica a la persona. Es igualmente de desear que la relación amorosa duradera que un sujeto con retraso ha sido capaz de establecer obtenga el reconocimiento público y jurídico de la sociedad en la forma institucional que la ley permita y que las personas elijan; pero tampoco debe condenarse una relación al margen de tal reconocimiento. Y es de desear, en fin, que ese matrimonio o emparejamiento basado en la relación sexual pueda hacer su camino con autonomía suficiente y sin necesidad de apoyo permanente por parte de la comunidad.

En la citada gradación de metas preferibles, a los últimos peldaños sólo se llegará gracias a una educación afortunada y a otras condiciones sociales —sobre todo, de trabajo remunerado y de vida independiente— que, sin embargo, son accesibles cuando la deficiencia no es muy severa. En la deficiencia profunda, en cambio, sin resignarse por otra parte a las primeras gradas, habrá que fomentar de todos modos una experiencia y actividad sexual de mínimos, de aquellos que constituyen los rudimentos de la vida humana y que contribuyen además al desarrollo de esa vida. No es concebible, por cierto, que en condiciones de deficiencia profunda, de incapacidad de comunicarse con otros en una conversación, en una tarea común o en un juego colectivo, pueda alguien llegar a establecer una relación sexual interpersonal. Aun en esas condiciones, sin embargo, la comunicación sexual no debería contemplarse como necesariamente posterior a una comunicación de otra naturaleza, más general o establecida por otros medios. La propia sexualidad ha de abordarse como uno de esos medios —y nada desdeñable— para llegar a romper con el aislamiento e incomunicación.

Queda por decir que el impulso educativo hacia las formas más maduras de sexualidad no es separable de la educación para la madurez personal. En esta educación habrá que dispensar atención particular justo a los rasgos de inmadurez, antes señalados, que suelen asociarse al déficit mental y adaptativo. El mejor modo de bosquejar ahora los trazos mayores de esa atención y educación se atiende al orden mismo en que fueron perfilados aquellos rasgos. Así, pues, a lo largo de su desarrollo adolescente y adulto las personas con retraso han de ser ayudadas y educadas para:

1. Adaptarse a situaciones nuevas y afrontar adversidades.
2. Adquirir una confianza básica en ellas mismas, amortiguando su grado de dependencia afectiva y desprendiéndose de formas infantiles de apego.
3. Vigilar la conducta en exceso impulsiva e introducir regulación racional del comportamiento en la ordenación de los medios a los fines.
4. Ejercitarse en la toma de decisiones y en la formación de planes sobre la propia vida, aunque sólo sea a breve plazo.
5. Llegar a tener experiencias de éxito, de logro, que les hagan percibir la eficacia de su propia acción.

## **6. CONCLUSIÓN**

La sexualidad —la experiencia y la actividad sexual— es una cualidad y calidad humana. Es inherente a la vida; es característica del hombre, varón o mujer, que precisamente se distinguen por un organismo sexuado. Pero es además un elemento de calidad en la vida, en las vivencias humanas, en el desarrollo de la persona.

En la medida en que implica actividad, el sexo tiene insoslayables connotaciones éticas, que sin embargo deberían contemplarse no bajo el prisma de lo imperativo, de prescripciones y prohibicio-

nes, sino bajo el de unas metas y tareas de desarrollo personal. Posee también una vertiente educativa, que de todos modos no debe sobrestimarse en una fantasía de omnipresencia pedagógica que imagina que tan sólo se aprende aquello que se enseña. El sexo, ante todo, se vive; sólo en segundo lugar se aprende; y, aun dentro de aquello en que se aprende, sólo en parte se enseña, se educa. El sexo, desde luego, forma parte de las cosas de la vida que no tanto se enseñan, cuanto se aprenden, lo que no quita que convenga que sea objeto de instrucción y de educación.

La principal directriz en este enfoque es que resulta preferible — y ha de ser fomentado educativamente — aquello que promueva el desarrollo de la persona, en este caso, de la afectada por serias limitaciones en su capacidad. En cuanto al sexo, esta persona no difiere mucho de otras. Algunas de las singularidades que pueda manifestar acaso se deban más a las condiciones de su educación y modo actual de vida que no a la deficiencia. La actividad sexual, en todo caso, puede contribuir a su maduración personal, a una mejor adaptación a la vida y a una mayor comunicación interpersonal.